

« liberalidad regia, un alivio en su pobreza, juntamente con un
« domicilio estable donde puedan enseñarnos á nosotros y á nues-
« tros hijos la ley del verdadero Dios; y si os dignais humillaros
« hasta escuchar la razon que nos impulsa á solicitar humildemen-
« te esta gracia, os diremos que estos religiosos son unos sugetos
« muy virtuosos, humildes y obedientes, que practican las bue-
« nas obras para dar gloria á Dios.

« Además os diremos que desde que habitan en esta ciudad, se
« han unido con un lazo estrecho de caridad los francos y los ar-
« menios, conversando mutuamente y sin etiquetas de ninguna
« especie: cuando celebramos nuestras fiestas, los invitamos á que
« concurren, ofreciendo en su presencia nuestro incienso, vistién-
« donos con nuestros ornamentos sacerdotales, y celebrando nues-
« tros oficios y nuestras ceremonias segun el rito armenio. De la
« misma manera cuando los francos celebran sus fiestas nos in-
« vitan á tomar parte en ellas, y nos llevan á su iglesia, donde
« ofrecen el santo sacrificio de la misa segun la costumbre de la
« Iglesia romana: así es que vivimos ambas naciones en una ar-
« monía tan perfecta, que nada mas se pudiera desear.

« Pero si los misioneros, ya por la malicia de sus enemigos, ya
« por exceso de pobreza, se ven precisados á salir de nuestra
« ciudad, tememos, y con razon, que esta union se rompa. Tal
« es el motivo, señores y dueños nuestros, vos santísimo Papa, y
« vos gran Rey, que nos estimula á nosotros, pobres pecadores
« armenios, á suplicaros que nos otorgueis la gracia que os pe-
« dimos con todas las instancias posibles, puesto que por mas dis-
« tantes que estemos de vosotros, continuaremos con tanto fervor
« como si estuviésemos inmediatos, suplicandó á la Majestad di-
« vina que seais unos santos en el Señor, y que este sea siempre
« con vosotros.

« En Esmirna, año de los armenios 1681, jueves 5 de octu-
« bre. — Firmado JUAN XALEPTI, metropolitano. »

Era tan evidente la favorable influencia de los Jesuitas, que después de pasado un siglo, y en el momento en que desaparecian arrastrados por la tempestad que les habian suscitado los mismos Borbones, el caballero de Saint-Priest, embajador á la sazón en Constantinopla, no temió por el interés de la verdad y de su nacion, atacar de frente las animosidades de la época. Dirigiendo este embajador al Gobierno de Luis XV una memoria

circunstanciada, respecto al influjo que el nombre francés estaba destinado á ejercer en el Oriente por medio de la propagacion del catolicismo, y conducido á exponer el estado de las misiones, escribia con fecha del 10 de noviembre de 1773:

« El número de los católicos rayas ha pasado á ser considera-
« ble en Esmirna, y los Jesuitas hacian en esta ciudad tantos be-
« neficios, como do quiera que han sentado el pié; » y mas adelante añadió, formando una especie de parangon entre el Instituto y las demás sociedades religiosas: « A mas de que ninguno de
« aquellos frailes ejercia propiamente la mision, es necesario co-
« nocer que los Jesuitas eran los únicos religiosos que se emplea-
« ban en ella con celo; justicia que no puede uno menos de dis-
« pensarles, y que ahora que ya no existen, no puede ser tampo-
« co sóspchosa. A ellos se debe en gran parte el progreso de la
« religion católica entre los armenios y sirios, como se refiere
« en la memoria presentada por el embajador del año último. De-
« positarios de la confianza de los súbditos del Gran Señor, im-
« porta conservar en sus funciones á los ex-Jesuitas, si no que-
« reis comprometer los frutos que sembraron ¹. »

Mientras que el Rey cristianísimo, el Pontífice y los demás príncipes católicos proscribian á los Jesuitas en Europa, el diplomático francés en el Oriente pedia su conservacion en nombre de la fe y de la dignidad nacional. El caballero Saint-Priest sin dejarse arrastrar por un entusiasmo inconsiderado, apreciaba los acontecimientos en los mismos lugares en que ocurrían, y así juzgaba con conocimiento de causa; pero desgraciadamente fue desatendido su dictámen.

Por el despacho de este diplomático se deja conocer cuál era el ascendiente que ejercian los Padres en el Levante: igual influencia habian adquirido en las Antillas francesas, cuyos indígenas pertenecian á esas tribus de caribes, que en su solo nombre parece incluyen cierto instinto de ferocidad; mas sus feroces instintos eran todavía muy inferiores á los de algunos aventureros ingleses, bretones y normandos que á la sazón infestaban los mares. Los slibusters ó hermanos de la costa se congregaban en una comunidad de principios, crímenes y peligros, y por el solo derecho de una intrepidez á la que nada era capaz de intimidar, después de apoderarse de la isla de la Tortuga, ajenos á todo otro

¹ Archivo de los negocios extranjeros y manuscritos del abate Brotier.

sentimiento que al de una codicia sanguinaria, reinaban en ella en nombre de la fuerza y del terror. Luego que los Jesuitas obtuvieron de los filibusters la palabra de que jamás tratarían de poner trabas á su apostolado, los PP. Empeau y Jaime Bouton abrieron las Antillas á la fe católica. El segundo catequizaba durante el día á los negros, y escribía por la noche la relacion de sus viajes ¹. En tanto que por los años de 1646 se ocupaban unos Padres en evangelizar á la Martinica, construyendo al mismo tiempo una iglesia en la Tierra Baja, costeaban algunos otros individuos de la misma Orden el rio de las Yervas, llegaban á Guadalupe, ó abordaban en las islas de San Salvador, Santa Cruz, San Martin, San Bartolomé y San Cristóbal.

En la misma época penetraban en el interior de estos países, an-
siando las conquistas de salvajes, los PP. Larcannier, Heland, Chemel y Dejean, y realizaban en las Antillas los mismos prodigios verificados en el Paraguay y el Canadá; pero allí lo mismo que en todas partes era la sangre de los Jesuitas la que cimentaba esta alianza que predisponia á los bárbaros á la civilizacion. Dotados estos Jesuitas de una nueva energía que les comunicara el martirio de sus colegas Aubergeon y Gueyma, ocurrido en 25 de mayo de 1654, se lanzaron en pos de las torturas y de la muerte; y después de una lucha reñida por largo tiempo, quedó la victoria por la Cruz, y los misioneros pudieron recoger con júbilo la mies que habian fertilizado con su sangre.

¹ Relacion impresa por Cramoisi, 1640.

CAPÍTULO XXII.

Los Jesuitas en el Paraguay. — Lo que en él hicieron, segun Buffon, Robertson y Montesquieu. — Descubrimiento y situacion del Paraguay. — Los Padres Barcena y Ángulo. — Romero y Monroy entre los Guaranis. — Primeras iglesias construidas por los salvajes. — Nuevo plan de misiones. — El Padre Paez, visitador en el Paraguay y en Tucuman. — Reunion de los Padres en Salta. — Odio de los salvajes contra los españoles. — Favorecen estos las misiones nacies. — Exigen los Jesuitas mas humanidad de parte de los europeos. — Reyertas de los Jesuitas con los comerciantes y colonos españoles. — Abandonan los Padres á Santiago. — Retiranse á San Miguel. — Misiones entre los Diaguitas y los Lullos. — El P. Valdiva cerca del Monarca español. — Obtiene la libertad de los esclavos que abrazasen el catolicismo. — Los Padres Maceta y Cataldino en el Paranapané y en el Guaira. — Primera idea de la república cristiana. — Obstáculos suscitados por los españoles. — Fundacion de las reducciones. — Protégelas el Monarca español contra la codicia ó malevolencia de sus súbditos. — Los misioneros se constituyen en pacificadores. — Los españoles obligan á los Jesuitas á salir de la Asuncion. — Carácter de los salvajes. — Su inconstancia y sus astucias. — Peligros á que se ven expuestos los Jesuitas. — El P. Ruiz de Montoya. — El P. Gonzalez en el Paraná. — Vense precisados los Jesuitas á vivir aislados del resto de los europeos para conquistar á los salvajes. — Ignorancia y embrutecimiento de los indios. — Principian los Jesuitas á educarlos. — Medios de que se valen. — Improvisanse músicos en las orillas de los rios. — Establecen talleres, donde aplican á los salvajes á un trabajo adecuado á su gusto. — Comercio de la yerba del Paraguay. — Prohiben á los neófitos toda especie de relaciones exteriores. — Atribuciones de los Jesuitas. — Respeto con que se rodean. — Leyes promulgadas por ellos. — Espectáculo que ofrecen las reducciones. — Sus costumbres, fiestas, ocupaciones y ejércitos. — Explicacion de este gobierno. — Los obispos y los Jesuitas. — Prohiben el vino á los neófitos. — Motivos de esta abstinencia. — Felicidad que disfrutaban las reducciones. — Sistema de posesion. — Cuadro de la vida de los neófitos. — El P. Romero entre los Guaycurus. — Montoya y los antropófagos de Guibay. — Gonzalez en las fuentes del Uruguay. — Nuevas reducciones. — Los salvajes y los Jesuitas. — Tratan de oponérseles los holandeses. — Martirio del P. Gonzalez. — Decláranse los Tetudos en guerra con los Jesuitas. — Calculada indolencia de los españoles. — Saqueo de las reducciones. — El P. Montoya propone la emigracion á los neófitos. — Resignacion de los Guaranis. — Las nuevas reducciones. — Los Jesuitas en Tapé. — El P. Espinosa es asesinado por los Guapalaches. — Muerte del P. Mendoza. — Sus neófitos tratan de vengarle. — Encaminanse á Madrid y á Roma los PP. Diaz Tano y Montoya con el objeto de solicitar la intervencion del Papa y del Monarca español en fa-